

Editorial

De las diversas partes que componen este número tal vez la dedicada a Ricardo Bofill sea la que, conforme a lo previsto, acumule mayor número de comentarios entre los lectores. La idea de publicar a Bofill, a pesar de todos los pesares, fue retrasándose por dudas del equipo, incluso por su extraña condición profesional en España, digámoslo así, al tratarse esta publicación de la revista del Colegio.

La arquitectura de Bofill se ha convertido, sin embargo, en un fenómeno suficientemente importante a escala internacional para que no deba ignorarse. Cuentan que ya ha ocurrido que, cuando se planea alguna exposición en el extranjero, al encargado español se le pregunta cómo es posible que no haya seleccionado a Bofill y, con toda probabilidad, éste se apresurará a incluirle, aunque sólo sea por orillar la dificultad de explicar por qué no está.

Pues la arquitectura de Bofill de los últimos años se ha convertido en internacional, en extranjera incluso; y no sólo por su situación comúnmente extranjera, concretamente francesa, sino incluso por su condición bastante ajena a la cultura española, en la que, de empeñarse en incluirle, representaría una posición aislada.

El caso es que Bofill, a medida que se separaba de su papel de miembro joven de la Escuela de Barcelona —no con Xanadú o la Muralla Roja, en donde estaría representando un extremo de la misma— ha ido siendo cada vez más conocido, pero no sólo porque los franceses le dieran las mejores oportunidades, sino por ser capaz de descubrir, al amparo de la aparición del post-modern, una arquitectura que pueda ser popular a determinados niveles y de interesar también a cierta crítica. La coincidencia entre público y crítica se basa en la positiva valoración de una escenografía, de un ropaje con el que sustituir, sin necesidad de cambiar ninguna otra cosa, la arquitectura moderna.

La fuerza de este ropaje, bien desigual en realidad para unos y otros, alcanza una condición mucho más relativa a ojos de los profesionales españoles, que no se cuentan en su gran mayoría entre los “fans” del taller. Para contribuir a explicar el fenómeno, ARQUITECTURA ha solicitado opinión a un número considerable de arquitectos que, a veces al menos, cogen la pluma, intentando que el espectro de tendencias u opiniones propias fuera bien diverso. Hemos recibido ocho, uno de ellos en forma de entrevista, que acompaña la publicación de las obras elegidas.

No menos importancia e interés tienen las otras dos secciones básicas del presente número. La que lo encabeza es el desarrollo, por ahora proyectual, de la Ribera del Manzanares que pretende llevar a cabo el municipio. Se incluye el planteamiento formal a gran escala realizado por Juan Navarro Baldeweg para el plan general, y una serie de proyectos parciales, ya de ejecución. Estos consisten en el tratamiento de las áreas principales, casi continuas entre sí, desde San Antonio de la Florida hasta el nudo llamado Super-Sur, y suponen un repaso completo a la Ribera si se añaden algunas otras operaciones más sencillas que no se reseñan. Se completa el reportaje sobre el tratamiento del río con una operación ya realizada y que, en definitiva, la hace posible: la estación depuradora de aguas, en la que se ha buscado una intervención estética cuidada más allá de la simple eficacia técnica.

Se incluyen asimismo varios proyectos y obras del estudio de arquitectura de Víctor López Cotelo y Carlos Puente, continuando así la revista con la crónica habitual de la Arquitectura Española que, en los últimos números, viene ofreciéndose cuando es posible por bloques de varias obras y proyectos del mismo arquitecto o equipo. Trátase ahora de ya conocidos profesionales, formados en gran parte como ayudantes de Alejandro de la Sota, y de cuya obra hasta la fecha la revista apenas se había ocupado. Su calidad indudablemente lo merece.